



G. Staal del.

Fig. 1. *Madame de Montpensier*. Paris.

Ferd. Delannoy sc.

DUQUESA DE MONTPENSIER

Una de las figuras más originales, más singulares á la par que más naturales del siglo XVII, es seguramente la duquesa de Montpensier, llamada la *Grande Mademoiselle*, hija de Gaston, sobrina de Luis XIII y prima hermana de Luis XIV. Hay en cada época ciertos tipos que están de moda, ciertos fantasmas romanescos que ocupan las imaginaciones y que andan, por decirlo así, sobre las nubes. Al terminar el reinado de Luis XIII y comenzar el de Luis XIV, se habia formado este tipo y modelo segun los héroes y heroínas de Corneille y tambien segun los de la señorita Scudéry. La duquesa de Montpensier, persona de imaginacion, de fantasia y de humor, pero de poco seso, realizó mucho de ese tipo en sí misma, añadiendo á él todo lo que era peculiar á las preocupaciones de su raza y á las supersticiones de su nacimiento. De esto resultó un compuesto de los más extraños y gloriosos, así como de los ménos razonables, del cual se resintió en todo su destino. Si durante a'gun tiempo empuñó la espada como guerrera, tambien produjo mucho con la pluma en la mano: no solamente ha dejado Memorias interesantes y muy verídicas, de las cuales se ha dicho

« que están bastante mal escritas para que se pueda asegurar que son suyas », sino también algunas Novelitas, Retratos y Cartas. En suma, la duquesa de Montpensier no solamente fué una princesa muy extraordinaria, sino también autora. Á título de tal nos pertenece de derecho, y justo es que la asignemos el puesto y la fecha que debe ocupar en la serie de las variedades literarias.

Ana María Luisa de Orleans nació en el Louvre el mes de mayo de 1627. Habiendo perdido su madre (duquesa de Montpensier) en su niñez, fué educada por una aya estimable y piadosa, pero con todo el respeto que inspiraba una nieta de Enrique IV. Naturalmente se acostumbró á considerarse como nacida de sangre enteramente diversa de la del resto de los hombres, aun de los nobles, de la que sólo corría por las venas de las reinas y los reyes. Esta idea, que fué para ella una religión, la dictó en todas ocasiones palabras de vanidad muy franca é ingenua y la impusieron sentimientos que aspiraban á la grandeza y que cuando ménos no desdecían de la dignidad. Su padre, Gaston, duque de Orleans, dotado de mil cualidades del espíritu, pero privado de todas las del corazón y del carácter, era el alma de todas las intrigas políticas dirigidas contra Richelieu y comprometía incesantemente á sus servidores y amigos, á quienes abandonaba en seguida. La duquesa manifestaba desde su tierna infancia más altivez y honor que él. Habiendo visto en Fontainebleau una ceremonia en la cual fueron degradados dos caballeros de la Orden (el duque de Elbeuf y el marqués de la Vieuville), preguntó por qué se hacía aquello; y como le dijese que era porque habían abrazado el partido de *Monsieur* (1), se puso á llorar en seguida y quiso retirarse, declarando que no podía ver aquel acto *decorosamente*. En un tiempo en que Richelieu dominaba y « en que reinaba la tiranía tan abiertamente, aun sobre las personas reales », conservó en sí misma intacto el culto y la alta idolatría de su propia raza. Por lo demás, su infancia y su primera juventud pasaron en medio de las frivolidades, en una vida enteramente

1) Título que se daba en Francia al mayor de los hermanos del rey.

ceremoniosa y de diversion, en los saraos, las comedias y las colaciones, sin que hubiera por allí álguien que la advirtiese que había en el mundo alguna cosa más seria. Un día fué á hacer una visita á la abadía de Fontevrault, donde tenía una tia abadesa, hija natural de Enrique IV; pero comenzó á fastidiarse desde el primer instante. Mas habiendo descubierto sus doncellas una loca que estaba encerrada en un calabozo, llamaron corriendo á la princesa para divertirla con el espectáculo de sus extravagancias: « Eché á correr hácia este calabozo, dice ella misma, y no salí de él hasta la hora de cenar. » El segundo día, viendo la abadesa que esto la complacia, *la obsequió con otra loca*: « Como ya no había para otro día, añade festivamente, se apoderó de mí el tedio y me marché á pesar de las instancias de mi tia. » Con este tono hablaba de las miserias humanas, y esto lo hacía una persona que tenía buen fondo, pero, como ya hemos dicho, nadie estaba allí para ilustrarla y advertirla. Cuando llegue la Fronda sucederá lo propio; la princesa no verá en ella al principio más que un asunto de curiosidad y diversion: « Todas las novedades me regocijaban... Cualquiera que fuese la importancia de un negocio, con tal que pudiera servir para mi diversion, no pensaba sino en eso toda la noche. » Tal era á los diez años, tal á los veinte, tal á los treinta y tal será toda su vida, hasta que una pasión tardía la haya enseñado á sufrir.

Las primeras páginas de sus Memorias sólo están llenas de detalles exteriores. Asistió á las cacerías de Luis XIII, en la época de los amores de este príncipe con madama de Hautefort. Enumerando todas las jóvenes que ella misma llevaba en su comitiva: « Estábamos todas vestidas de color, dice, montadas en hermosas hacaneas con ricos caparazones, y para garantizarse del sol, cada una llevaba un sombrero adornado con plumas. » Esto nos la pinta ya, con talante altivo, grande para su edad y conservando todas las plumas del penacho de su abuelo Enrique IV. ¿Qué importa que no tuviera en aquel tiempo más que diez años? su carácter, bajo muchos conceptos continuó siendo siempre de esta edad y no maduró. Ya la hablaban desde entónces de establecerla, de casarla, sea con el rey, sea con el

cardenal-infante, hermano de la reina, sea con el conde de Soissons; así la divertían. Durante más de treinta años aun la hablarán de esa clase de proyectos hasta nunca acabar, y ella misma nos hablará de ello incesantemente, pero como una niña, sin poderse resolver jamás y sin advertir al fin que esta perpétua indecision se convertía en fábula. La que se llamaba *Mademoiselle* por excelencia no podía resolverse á cesar de serlo, y esto duró hasta el momento en que la naturaleza tan retardada recobró sus derechos y habló de una vez á su corazón. Pero todavía no hemos llegado á esto.

Entre tanto mostraba desde su tierna edad afición á todo lo que revelara ingenio y especialmente á la bella y delicada conversacion, en la cual sobresalía tanto su padre; ella misma nos cuenta con cuánto placer solía escuchar en Tours referir cada noche á Monsieur todas sus aventuras pasadas, « y eso muy agradablemente, como al hombre del mundo que más donaire y facilidad natural tenía para hablar bien. » Cosa rara es ver que una niña sea tan sensible á este genero de entretenimiento. En las Cartas que la princesa dirigió en 1660 á madama de Motteville, le habla de la *conversacion* como de lo que « para vuestro gusto y el mio, dice, forma el mayor placer de la vida y casi el único de mi agrado. » Por ese medio, no ménos que por su buen talante, logró al principio Lauzun insinuarse cerca de ella: « Hallaba en él un modo de expresarse que no veía en las demas personas. »

Después que murió Richelieu, Gaston que había tenido que ausentarse á causa de sus últimas intrigas, se reconcilió con la Corte, regresó á París y se hospedó en casa de su hija: « Cenó en mi casa donde estaban los veinticuatro violines, dice la princesa: estuvo tan jovial como si los señores de Cinq-Mars y de Thou no hubiesen quedado por los caminos. Confieso que no pude verle sin acordarme de ellos y que, en medio de mi alegría, sentía que la suya me causaba tristeza. » Ya se traslucen sus buenas cualidades, y luego veremos que tendrá humanidad, á pesar de sus preocupaciones de raza, fidelidad á sus amigos en sus diversas fortunas, y también dignidad. Su

padre se burlará más de una vez de sus pretensiones á la caballería y al heroísmo, pero valdrá más que él.

El tiempo que trascurrió desde la muerte de Luis XIII hasta la Fronda (1643-1648) fué una época brillante para *Mademoiselle*. Tenía de diez y seis á veinte años y brillaba en el primer rango de la Corte con todo el orgullo de las esperanzas. No había alianza que no pareciera digna de ella. Como nada tenía de galante ni de coqueta y era de una frialdad que pudo compararse largo tiempo á la de la virgen *Palas*, no veía en el matrimonio más que un asunto para representar bello papel y aspirar á destinos gloriosos, y siendo como era romanesca, casi la agradaba tanto ilusionarse con esta idea como realizarla. ¿Sería reina de Francia casándose con el joven rey Luis XIV que tenía once años ménos que ella? ¿llegaría á ser reina de Inglaterra casándose con el príncipe de Gáles, desterrado entonces, pero que no podía ménos de ser restaurado un día? ¿ó sería emperatriz casándose con el emperador de Alemania que había quedado viudo hacia poco tiempo? Parecía que la eleccion estaba en su mano, y no es posible manifestar su altiva inclinacion con más ingenuidad que la que ella empleaba hablando de una gran fiesta que se dió en el Palacio Real al terminar el invierno de 1646, y para la cual quiso ataviarla la misma reina madre:

« Tres dias enteros estuvieron arreglando mi aderezo; mi vestido » estaba todo él recamado de diamantes con borlas de color encarnado, » blanco y negro: llevaba encima todas las pedrerías de la Corona y » de la reina de Inglaterra, que todavía tenía por este tiempo algunas » sobrantes. No se puede ver nada mejor ni más magníficamente ador- » nado que yo lo estaba este dia, y no dejé de encontrar muchas per- » sonas que supieron decirme con bastante oportunidad que mi bello » talle, mi buen semblante, mi blancura y el brillo de mis cabellos » rubios, no me engalanaban ménos que todas las riquezas que resplan- » decían en mi persona. »

Se bailó en un gran teatro iluminado; en medio y en el fondo había un trono á la altura de tres escalones y adornado con su dosel:

« El rey (Luis XIV) ni el príncipe de Gáles (después Carlos II) no

» quisieron sentarse en este trono; de modo que permanecí sola en
 » él y vi á mis piés á estos dos príncipes y á las princesas que habia
 » en la Corte. No me encontraba nada encogida en este sitio... Todo
 » el mundo me decia que jamas habia mostrado una actitud más desem-
 » barazada que en este trono y que como yo era de raza para ocu-
 » parlo, cuando estuviera en posesion de uno donde tuviese que
 » permanecer más largo tiempo que durante el baile, estaria aun
 » con mas libertad que en aquel. Miétras permanecia allí y el
 » príncipe se hallaba á mis piés, *mi corazon le miraba de arriba*
 » *abajo* lo mismo que mis ojos; entónces pensaba yo casarme con el
 » emperador... No miraba ya al príncipe de Gáles más que como
 » un objeto de lástima. »

Tal era esta princesa romanesca que dice de sí misma toda cosa natural y sinceramente, con una especie de valentía en la sinceridad y una franqueza que por momentos se calificaria de cordial hasta en el orgullo.

Esa hermosura, á la cual tributa ella la primera tan alta justicia, era verdadera efectivamente en esta su primera juventud. Brillo en su tez, una frescura

Que conservada la cándida inocencia de los Lirios,

decian los poetas, ojos hermosos, cabellos rubios y *de un bello color ceniciento*, talle agraciado, todo eso disimulaba lo que la faltaba respecto á delicadeza y gracia; « tenía completamente en sí aire de gran belleza », reconoce madama de Motteville. Sin embargo, su dentadura que no era bonita y su nariz grande y aguileña señalaban los defectos bastante comunes en la raza de los Borbones. Los años dieron á sus facciones y á sus formas más rigidez sin quitarla esa prontitud y esa petulancia que no la dejaron nunca tener gravedad.

Cuando estalló la Fronda y esta brusca tempestad civil sometió á la más ruda prueba todo el buen sentido que contenia cada cabeza, *Mademoiselle* era ya conocida por impetuosidades y fantasías de genio que chocaban y se sobreponian á veces á los propios sentimientos,

hasta el punto de perjudicar á su misma consideracion y á su fortuna. No habia podido decidirse todavía acerca de la eleccion de un marido, y con su deseo de poseer una corona, dejaba escapar lo que se presentaba y tenía á la mano, por fijarse en imposibilidades lejanas. Estaba particularmente mal con la reina y el cardenal Mazarino, y tan poco dispuesta por lo mismo á obrar con cordura y sensatez en estas agitaciones nacientes como ninguna otra persona de la Corte.

La primera Fronda, la de 1648, no le ofreció ocasion para emanciparse todavía, y se limitó á dar rienda suelta á sus prevenciones sin procurar disimularlas: « Como no estaba muy satisfecha de la reina ni de Monsieur por entónces, era para mí gran placer, dice, verlos en posicion tan embarazosa. » Cuando la reina y la Corte salieron de París por consejo del cardenal y se trasladaron á Saint-Germain en la noche del 6 de enero de 1649, impúsose el deber de acompañarlas, aunque estaba muy distante de participar de sus ideas y proyectos: « Estaba enteramente turbada de alegría al ver que iban á cometer una falta y que iba á ser espectadora de los sinsabores que les causaria: esto me vengaba un poco de las persecuciones que habia sufrido. » La ligereza, el desórden y la baraunda de esa Corte de Saint-Germain están descritos admirablemente por una persona tan ligera y frívola como la que más, pero que es veraz y lo dice todo. La princesa tuvo grandes satisfacciones de amor propio durante esta mansion: « El pueblo de París, dice, me ha querido siempre mucho, porque nací y fui criada en esta ciudad; eso les ha dado un respeto hácia mí y una inclinacion mayor de la que tienen por lo regular á las personas de *mi calidad*. » Resultó de esta excepcion de los parisienses en su favor que se permitió la salida de sus equipajes para Saint-Germain, y que, miétras la reina y el rey carecian de todo, tenía ella cuanto queria, sin que le faltase nada. Todo esto no era más que el preludio del papel que debia representar en la segunda Fronda: « Entónces no preveía, dice, que me encontraria en un partido numeroso donde podria cumplir con mi deber al mismo tiempo que vengarme; sin embargo, cuando se ejercen esta clase de venganzas, bien se venga una contra sí misma. »

Esta palabra de arrepentimiento final no impide á la princesa mostrarse muy ufana y gloriosa por lo que hizo en 1632, cuando pudo, á la par que obedecer las órdenes de su padre, entregarse á sus instintos aventureros. Tenía en esta segunda época veinticinco años, bella edad para una amazona. La idea del matrimonio que se ofrecía siempre en perspectiva ante sus ojos, la mostraba entonces como posible su union, ya con el príncipe de Condé en caso de que enviudara (no la repugnaban estas suposiciones), ya con el mismo rey, si llegaba á hacerse necesaria y temible. Entre tanto cedia, sin mucha consecuencia en su proceder, á sus gustos romanescos y grandiosos, y pasando de su antigua aversión hácia el príncipe de Condé á una súbita amistad, ardía en deseos de señalarse en pro de la causa comun con algun servicio brillante. Esta ocasion se presentó. Hallábase su padre en París, de donde no creía poder ausentarse sin graves inconvenientes. Por otra parte, su presencia era reclamada en Orleans, ciudad perteneciente á su patrimonio, donde un partido bastante crecido quería abrir las puertas al ejército real que amenazaba por el lado de Blois. Era, pues, sumamente importante que esta ciudad de Orleans se mantuviera fiel á la Fronda, pues de otro modo toda la línea del Loira iba á quedar cortada, y el príncipe de Condé, que llegaba de la Guiena, encontraría al enemigo dueño de las posiciones. La princesa se ofreció á ir en persona á Orleans y á sostenerse en esta ciudad. Su padre desconfiaba de ella y de su razon: « Esa accion caballeresca sería muy ridícula, decia el dia que partió su hija, si el buen sentido de las señoras de Fiesque y de Frontenac no la asistiera. » Eran las dos damas que acompañaban á la princesa y á las cuales, tanto por cortesía como por ironía, las llamaban sus *mariscalas de campo*. Partió pues con grande alegría de su corazón, porque iba á encontrarse en posicion de ejecutar algun acto extraordinario y ganar gloria y renombre. Un astrólogo se lo habia predicho la mañana misma de su partida y no dudaba ella que tuviese razon. Apénas llegó á las llanuras de Beauce, montó á caballo y se puso á la cabeza del ejército de la Fronda que estaba en las cercanías; celebróse consejo de guerra

delante de ella y se ordenó que nada se haría en lo sucesivo sin su mandato. Lo difícil era entrar en Orleans, pues apremiados por las intimaciones que dirigian, por una parte el guardasélos Molé, en nombre del rey, y por otra los partidarios de la Fronda, los señores de la Casa de la Villa tenían vivos deseos de permanecer neutrales. Impaciente al ver lo mucho que se prolongaban las conferencias, la princesa se paseaba delante de las murallas, excitando á los de adentro con sus gestos y palabras, hasta que convencida de que era menester contar más bien con la plebe que con los vecinos pudientes, se metió en una barca que la ofrecían unos barqueros, hizo romper una puerta mal custodiada que daba sobre el muelle y por la cual nadie la esperaba, pasó por el agujero apénas estuvieron rotas dos tablas, y penetrando así, seguida de léjos por sus damas que tomaron el mismo camino, fué llevada en triunfo por el pueblo y en un abrir y cerrar de ojos se apoderó de la plaza: « Pues cuando personas de mi calidad se hallan en un lugar, dijo al gobernador y al consejo un tanto asombrados, son las que mandan en él, y con bastante justicia: yo debo mandar en este, puesto que pertenece á Monsieur. — Me cumplieron bastante espantados... Cuando llegué á mi casa escuché las arengas de todas las Corporaciones y se me hicieron los honores que me eran debidos, como en otro tiempo. » No satisfecha con ser arengada, improvisa en medio de la Casa de la Villa, y no lo hace peor que muchos oradores y tribunos en semejante crisis.

Estos primeros dias fueron los más bellos. No faltó quien comparara á la princesa con la Doncella de Orleans. La reina de Inglaterra, cuyo hijo habia rehusado como novio, dijo irónicamente « que era muy justo que salvara á Orleans como la Doncella, puesto que habia comenzado por expulsar á los Ingleses. » El príncipe de Condé que habia salido de Agen de incógnito y disfrazado, llegó felizmente en el entretanto al ejército que estaba cerca de Orleans. Dirigió una carta á la princesa dándole las gracias y felicitándola por su proeza: « Es un golpe que sólo á vos corresponde, la escribí, y que es de importancia suma. » Hablándola de un Consejo de guerra á que habia asistido ella

y en el cual habia emitido su opinion : « El señor principe dijo que las resoluciones tomadas en un Consejo *donde yo habia tenido á bien estar* debian ser ejecutadas, aunque no fueran buenas; pero que las que se habian adoptado eran tales que el rey de Suecia (¡Gustavo Adolfo!) no hubiera podido tomar mejor su partido, y que por su parte lo habria ejecutado aun cuando no lo hubiese yo ordenado. » La princesa aceptaba y repetia seriamente todos estos encomios. Cuando regresó poco despues á París, todo el pueblo salió á su encuentro; era la heroína del momento. El principe de Condé le manifestaba que nada deseaba con tanto ahinco como verla sentada en el trono de Francia y que no se ajustaria ningun acomodo sin que fuera comprendida en él. En su crédula exaltacion creía hallarse en la hora más esplendorosa de su vida.

Presto se sucedieron empero los reveses, mas supo sobrellevarlos con entereza. Ajena á las intrigas é incapaz de política, ya estaban en plena disolucion las cosas de la Fronda y entabladas las negociaciones por todos lados, cuando ella ni siquiera lo sospechaba. El 2 de julio de 1652, durante el combate sangriento del arrabal de San Antonio, estando el principe de Condé, despues de prodigios de valor, á punto de ser anonadado con todos los suyos por Turena, si París no abria sus puertas al ejército ya extenuado, la princesa fué quien, arrancando el consentimiento de Monsieur, ya traidor á médias, se trasladó á la Casa de la Villa é impuso allí su voluntad á despecho de los indecisos y de los neutrales. Ella dijo tambien al mariscal de l'Hôpital, que oponia cuanta resistencia podia, estas nobles palabras : « Pensad, caballero, que miéntras os entretenéis en disputar sobre cosas inútiles, el señor principe corre gran peligro en vuestros arrabales. ¡Qué dolor y qué vergüenza no sería para París, si pereciese por falta de socorro! Vos se lo podéis dar; hacedlo pues cuanto ántes. » Se añade que dijo ademas al mariscal que si no se daba prisa « le arrancaria la barba y que no moriria sino por su mano. » Corriendo de allí hácia la Bastilla con plenos poderes, recogió de paso á los heridos, casi todos personas de condicion que la llenaban de lástima. Ella nos describe en términos

expresivos el momento en que vuelve á encontrar al señor principe en uno de los intervalos de la accion :

« Hallábase en un estado digno de lástima, tenia dos dedos de polvo en el rostro y sus cabellos muy enredados; su cuello y su camisa estaban llenos de sangre, no obstante no haber sido herido; su coraza estaba toda abollada y tenia en la mano su espada desenvainada, por habérsele perdido la vaina; se la dió á mi ecudero. Entónces me dijo : « Aquí tenéis á un hombre lleno de desesperacion, he perdido todos mis amigos; los señores de Nemours, de La Rochefoucauld y Clinchamp se hallan heridos mortalmente. » Yo le aseguré que se encontraban en mejor estado que él los creía... Esto le recocijó un poco, pues estaba sumamente afligido... Cuando entró, se dejó caer sobre una silla y se puso á llorar diciéndome : « Dispensadme el dolor en que me veis. » Que me digan despues de esto que no tiene afecto á nadie; por mi parte, siempre le he conocido tierno para sus amigos y para lo que amaba. »

Conviene hacer notar aquí que Condé amaba y lloraba como guerrero á los amigos que quizas hubiera visto morir de otro modo sin manifestar el menor sentimiento; pero el dia del combate brillaban de nuevo en él todas sus cualidades, su humanidad y todas sus virtudes; estaba en su elemento y, como todos los grandes corazones, entónces era bueno.

La princesa hizo disparar aquel dia algunas descargas de artillería en la Bastilla, descargas que acabaron de demostrar la actitud de París, probando á las tropas del rey que no habia sonado aun la hora de entrar en la capital. Mazarino dijo que estos cañonazos disparados de orden de la princesa *mataron á su marido*, dando á entender con esto que no podia aspirar ya á casarse con el rey. Es dudoso que se hubiese casado con él nunca. No obstante, en esta jornada de la Bastilla tuvo la satisfaccion de hacer, no como en Orleans una calaverada, sino un acto de valor y humanidad. Se ruborizó por la prolongada indecision de que habia sido preciso sacar á su padre; procuró excusarle lo mejor que pudo y librarle de la vergüenza

de no haber montado á caballo inmediatamente : ella habia mostrado bastante valor para los dos.

Todavía le suplió en otra ocasion. Dos dias despues (4 de julio), durante el degüello de la Casa de la Villa, con el cual pagó el príncipe de Condé tan tristemente su bienvenida á los parisienses, y que Gaston, segun costumbre, favoreció por lo ménos con su inaccion, la princesa se ofreció á ir á salvar á los que estaban degollando y á poner orden entre el pueblo. Partió del Luxemburgo, pero no pudo penetrar la primera vez más allá del Hôtel-Dieu; la segunda vez fué más afortunada y pudo llegar á la Casa de Villa muy tarde, demasiado tarde, si bien bastante pronto aun para ejercer algun acto de proteccion y humanidad.

La Fronda se hallaba extenuada y cada cual ajustaba sus paces; susurrábase ademas que Gaston se habia acomodado con la Corte, separando sus intereses de los del príncipe de Condé. El presidente Viole habló de esto á la princesa, que se vió precisada á decirle : « *Vos le conocéis, no respondo en nada de él.* » Cuando fué á buscar á este padre cobarde con el objeto de saber si efectivamente tenía orden para salir del Luxemburgo y lo que debia hacer ella misma, la dijo que él no se mezclaba en lo que la concernia, y desaprobó todo lo que habia hecho en su nombre : « ¿No creéis, señorita, repuso con esa ironía despreciativa y medrosa que le era familiar, que el suceso de San Antonio os haya perjudicado en la Corte? Mucho gusto habéis tenido en hacer la heroína y en que os dijeran lo erais de nuestro partido, y que le habiais salvado dos veces. Cualquiera cosa que os suceda, presto os podréis consolar recordando las alabanzas que se os han dado. » Ella respondió con altivez y dignidad : « No creo haberos servido peor en la puerta de San Antonio que en Orleans. Esas dos acciones tan vituperables las he ejecutado por orden vuestra, y si todavía estuvieran por comenzar, las ejecutaria de nuevo, porque mi deber me obligaria á ello... Mas vale haber hecho lo que yo, que sufrir por no haber hecho nada. *No sé lo que es ser heroína : soy de un linaje en que jamas debe hacerse nada que no sea grande y elevado. Á eso se dará el nombre que se quiera; por lo que respecta á mi, lo llamo seguir mi*

inclinacion y andar en mi camino; yo he nacido para no tomar otros. »

Que en este lenguaje hay énfasis y cierta jactancia, se percibe en seguida, pero es preciso reconocer tambien en él como un eco del *Cid* y algunos acentos cornelianos. Si durante la Fronda estuvo la princesa prendada de una falsa grandeza y ambicionó una gloria mentida, al ménos permaneció desinteresada, generosa, y no mancilló de ninguna manera su nombre.

En los años subsiguientes hubo de hacerse perdonar por el rey, lo cual consiguió á la larga. Durante sus permanencias algo forzadas en sus posesiones patrimoniales, se aficionó á las Letras y comenzó á escribir sus Memorias. Uno de sus gentileshombres y criados era el poeta Segrais. Por medio de él, conoció á Huet (el futuro obispo), que era jóven entónces y le servia á veces de lector durante su tocado. Á lo que más aficion tenia era á las novelas. Compuso una ó dos en aquella época (1658), así como algunas Semblanzas de sociedad, cuya moda acababa de introducirse. Hizo imprimir un corto número de ejemplares de un tomo completo de ellas en Caen (1659), bajo la vigilancia de Huet : la mayor parte de estas Semblanzas las escribió ella misma. En una palabra, procedió en la literatura como habia procedido en la guerra civil, echándola de amazona, á la aventura, atolondrada y resueltamente, pero no sin algun ingenio.

En la primavera de 1660 la volvemos á encontrar formando parte de la Corte durante las Conferencias de la Paz de los Pirineos, y dando suelta todavía á su imaginacion, no ya bajo la forma heroica, sino bajo la pastoral. Un dia que se hallaba en San Juan de Luz en el aposento del cardenal Mazarino, contemplando desde una ventana, en compañía de madama de Motteville, la belleza del paisaje, la princesa comenzó á idear un proyecto de retiro y soledad y á moralizar sobre la vida venturosa que en ellos se podria disfrutar. Al salir de allí muy penetrada de su objeto, escribió una larga carta á madama de Motteville, quien le contestó á su vez. Esta correspondencia bastante agradable marca perfectamente un momento en la literatura francesa; representa y caracteriza el matiz español pastoral que predominó en ella

desde la novela de Urfé hasta las de la señorita Scudéry, y al cual iba á poner remedio el buen sentido de Luis XIV, auxiliado por Boileau.

La princesa imagina, pues, en una pradera, cerca de una selva, á la vista del mar, una sociedad de ambos sexos, compuesta toda ella de personas amables y perfectas, delicadas y sencillas, que guardan rebaños los dias de sol y como para solazarse, se visitan el resto del tiempo, yendo en silla de manos, en calesa ó en carroza de una casa campestre á otra, tocan el laúd y el clavicordio, y leen los versos y las obras nuevas; á las ventajas de la vida civilizada unen las facilidades de la vida campestre, sin olvidar las virtudes de la vida cristiana; todos son célibes ó viudos, corteses sin galantería ó cuando ménos sin amor, viven honestamente entre sí y no tienen ninguna necesidad de recurrir al remedio vulgar del matrimonio. Nótese que un convento de Carmelitas está á dos pasos dentro de la selva y que no se omite ir á él de vez en cuando para edificarse; pues es menester, á la par que se goza vida apacible y dulce, pensar tambien en la salvacion. Madama de Motteville, al responder á la princesa con toda clase de miramientos y cumplidos, y llamándola alternativamente *ilustre princesa y bella Amelinta*, se chancea delicadamente acerca del artículo de prohibicion matrimonial que era el gran punto del nuevo Código pastoril, é intenta insinuar un poco de realidad y de buen sentido, en la pintura de esa república á la par galante, platónica y cristiana. Manifiesta tambien que, como es difícil suprimir enteramente la galantería y el amor, lo mejor quizas sería todavía volver á *ese error tan comun que una antigua costumbre ha legitimado y que se llama matrimonio*. Por ambas partes se diserta sobre el particular, y la princesa demuestra en la discusion un espíritu romanescos, sagaz, distinguido, y por momentos hasta elevado; pero en todo, aquí como en la Fronda, deja ver que carece del sentimiento de la realidad, de buen sentido y de un criterio recto.

No la seguiré en sus diversas composiciones y rapsodias literarias (Semblanzas, Novelas de sociedad), y llegaré al gran acontecimiento de su vida para acabar de describirla. La princesa tenía cuarenta y dos

años; habia perdido tantas y tan grandes ocasiones de casarse que parecia iba á continuar ya en ese estado independiente y libre de la princesa más grande de Francia, cuando comenzó (1669) á llamar su atencion M. de Lauzun, favorito del rey y mucho más jóven que ella. Como siempre habia permanecido fria y pura y sin amar jamas hasta entónces, experimentó por primera vez el amor con extremada juventud y, puede añadirse, infancia de corazon; ella misma nos lo describe con la ingenuidad de una pastora. Notó, pues, eierto dia que este hombrecillo, Capitan de los guardias, Gascon de semblante altivo y de tono ingenioso é irónico, tenía un no sé qué que jamas habia ella advertido en nadie todavía. La primera vez que entró de servicio como Capitan de los guardias y *tomó el baston*, segun entónces se decia, « desempeñó sus funciones con aire grandioso y desembarazado, muy cuidadoso pero nada precipitado. Cuando yo le felicité por ello, me dijo que estaba muy persuadido del honor que le hacia tomando parte en las bondades que le dispensaba el rey. » Esta palabra la transporta: « Comenzaba por aquel tiempo, dice, á mirarle como un hombre *extraordinario*, de conversacion muy amena, y tenía sumo gusto en hallar ocasiones de hablarle. » En cuanto dejaba de verle comenzaba á fastidiarse vagamente: « Ese invierno, dice (1669), casi sin saber por qué, no podia yo permanecer en París ni salir de Saint-Germain. » Cada dia encontraba en él más talento y donaire cuando conseguia hablarle en el hueco de alguna ventana, lo que no era fácil siempre á causa de la etiqueta y del rango. Cada vez que le cogia por su cuenta se le pasaban las horas hablando con él. Complaciase en atribuirle toda clase de distinciones, una elevacion de alma nada comun y un *millon de particularidades* que la encantaban. Despues de haber estado algun tiempo soñando con él, no tardó en decidirse resueltamente, y como era muy honesta y muy inadvertida, puesto que no se le ocurrió la idea de que se pudiera amar sin casarse, pensó que lo más corto sería hacer la grandeza de este caballero casándose con él. Lo difícil era hacérselo comprender, pues el respeto con que se escudaba Lauzun apenas la proporcionaba medio. Se ha notado « que lo mismo en

amistad que en amor, las princesas están condenadas á dar todos los primeros pasos, y que el respeto que las rodea obliga á menudo á la más juiciosa y altiva á hacer indicaciones que otras mujeres no osarian permitirse. » Tambien la princesa se vió precisada á dar todos los pasos. La socarronería de Lauzun con ella consistió en aumentar y levantar aun más estas barreras de respeto tan altas ya, en escudarse con él y en eludir con maña todo compromiso. Sus reverencias eran cada vez más profundas y sus protestas de sumision interminables, pero se hacía el sordo á toda palabra tierna; y no solamente él, sino tambien Baraille, oficial de su compañía y su hombre de confianza: « Siempre que le encontraba (á Baraille), le saludaba, nos dice la princesa, para darle algun deseo de acercárseme; pero él aparentaba creer que me dirigia á alguna otra persona y me hacía no obstante profundas reverencias por un lado y se retiraba por otro, lo cual me desesperaba. » Era la consigna y la táctica de Lauzun. Si la princesa no hubiese concebido la idea de casarse, él se la habria sugerido y obligado á ello con su conducta, tan grande era el cuidado que ponía en no dar lugar á ninguna insinuacion meramente tierna ó galante. El hombre mimado por el bello sexo se habia hecho de repente hombre de rígidos principios, y se mostraba virtuoso y casto para obligar á que se casaran con él. La pobre princesa, que era novicia como una pensionista y no tenía confidente, no sabía qué cosa idear para hacer saber á ese fatuo y vanidoso lo que él veía demasiado bien. Se hacía traer y leía de nuevo las obras de Corneille, para ver en ellas imágenes de su destino y tomar lecciones; confiaba en la secreta simpatía de las almas:

Quand les ordres du Ciel nous ont fait l'un pour l'autre,
Lise, c'est un accord bientôt fait que le nôtre...
On s'estime, on se cherche, on s'aime en un moment;
Tout ce qu'on s'entredit persuade aisément.

Esta persuasion era el punto dificultoso con Lauzun. Aparentaba consultarle sobre casamientos que se la proponian, esperando siempre

que se declarase y la proporcionase ocasion de responderle con su propia declaracion; pero Lauzun se mostraba estricta, cruelmente respetuoso. Le habia hecho, como á pesar suyo, su consejero y confidente: le decia que queria casarse, pero casarse decididamente en Francia, hacer la suerte de alguno que lo mereciese y vivir con este hombre honrado y este amigo disfrutando de una estimacion perfecta, con dulzura y tranquilidad. No se trataba ya más que de encontrar un sujeto digno de la eleccion. Lauzun conversaba largamente con ella acerca de esto, pesaba las ventajas é inconvenientes de este partido; pero teniendo buen cuidado de no dar á conocer que adivinaba se trataba de él. Dias habia no obstante, en que parecia que comenzaba á comprender; pero siempre se escapaba á tiempo « por medio de expresiones y modales respetuosos y llenos de ingenio » que acababan de inflamar á la inocente princesa.

Ardia como Dido, como Medea y como Ariadna, pero con veinte años de tardanza. Hacía de esas cosas que hubieran sido encantadoras en una jóven de pocos años: durante un viaje á Flándes, donde mandaba M. de Lauzun como general, un dia que llovía mucho, como este se acercaba con frecuencia á la carroza del rey con la cabeza descubierta y el sombrero en la mano, la princesa no pudo contenerse y dijo al rey: « ¡Mandadle que se ponga su sombrero! » Otra vez, en Saint-Germain, donde residía la Corte, estando por centésima vez á punto de nombrar á Lauzun esa persona que habia elegido para hacerla feliz, sobre la cual le consultaba incesantemente, faltábale ánimo, no obstante, para articularle el nombre: « Si tuviera un tintero y papel os lo escribiría », le decia; y señalándole un espejo que estaba al lado, añadía: « Tentada estoy de soplar en él y escribir el nombre con letras gordas, para que lo podáis leer bien. »

Lo más notable y lo que mejor caracteriza la época, es que la idea del rey, el culto y la idolatría oficial que se le profesaba, intervenia en todo esto. En nombre del rey y como bajo su advocacion se amaban y se atrevieron al fin á confesárselo. « El rey ha sido siempre y es aun *mi primera pasion*, M. de Lauzun *la segunda* », decia la prin-

cesa; y M. de Lauzun, por su parte, no se lisonjeaba de haber agradado definitivamente á la princesa y haberla conmovido, sino por razon del respeto y de la verdadera *ternura* que tenia á la persona del rey. En el momento en que ya es cosa decidida el casamiento, se le ve ocupado sobre todo en estipular que no ha de separarse un solo instante del rey, que continuará lo mismo que ántes desempeñando todas las obligaciones de su cargo, el último en acostarse y el primero en levantarse; por supuesto que no cesaria de dormir en el Louvre. El primer uso que pretende hacer de las inmensas riquezas de la princesa, es, como Capitan, vestir de nuevo á toda su compañía, *para hacer con ella su corte*. Esta idea sola es para él toda la *luna de miel*. En la carta al rey donde solicita casarse con Lauzun, la princesa tiene buen cuidado de hacer sonar muy alto esa cadena de preciosa servidumbre y domesticidad que, en concepto suyo, honra más que todo y de la cual reclama su parte: « Digo todo esto á Vuestra Majestad para indicarle que cuanto mayores sean las grandezas que uno tiene, *más digno es de ser vuestro criado*. » Habia una cosa á que aspiraba Lauzun con más ansia que á ser el marido de la princesa, duque de Montpensier y el señor más encumbrado del reino, y esa cosa era estar muy bien con su amo.

Lo demas es sabido. Luis XIV permitió primeramente el casamiento, pero se cometió la falta de no aprovechar este permiso ántes que pasaran veinticuatro horas y darle tiempo para reflexionar. El casamiento, resuelto la víspera ó antevíspera, fué declarado el lunes 15 de diciembre (1670). Pero el rey anuló bruscamente su permiso el juéves 18. La princesa quedó en el estado que se puede suponer, pero sin atreverse todavía á blasfemar contra el rey. Lauzun recibió el golpe como cumplido cortesano y como si dijese: « El rey me la dió, el rey me la quitó, sólo debo darle gracias y bendecirle. » Hasta pareció que su favor estuvo á punto de acrecentarse. Sin embargo, por razones que han quedado en la oscuridad, pero que se referian á este gran negocio, fué preso próximamente un año despues (25 de noviembre de 1671) y encerrado en el castillo de

Pignerol. Su cautividad no duró ménos de diez años. La princesa, durante todo este tiempo, en nada pensó que no fuera él ó para él; hizo todos los esfuerzos imaginables para obtener su libertad y la compró á costa de bienes inmensos cuya donacion la arrancó mañosamente madama de Montespan en favor de su hijo el duque de Maine, bastardo del rey. Accedió á todo lo que se quiso con tal de volver á ver al que ella amaba. Mala recompensa recibió. Cuando Lauzun salió de la prision, no era ya el hombre honrado, caballeroso y cortés que tanto la habia embelesado: sólo el cortesano habia sobrevivido, cortesano impertérrito que no descansó hasta que hubo recuperado su valimiento cerca del amo; pero por lo demas áspero, francamente interesado, avariento, hasta el punto de echar en cara á la princesa los sacrificios que habia hecho por libertarle. La prision habia puesto de manifesto todos los defectos de carácter y de corazon que habia sabido ocultar en sus dias prósperos. Tambien el casamiento (pues parece cierto que hubo entónces casamiento secreto) le dispensaba ya de tener que reprimirse.

La princesa conoció tarde la vida, pero no obstante llegó á conocerla, y tambien ella pasó por todos los grados de la prueba; experimentó ese lento padecer que debilita el amor en un corazon, el desprecio y la indignacion que lo quebrantan, y esa indiferencia final que no tiene remedio ni consuelo más que en Dios. Muy triste dia es aquel en que uno descubre que la persona á quien se habia complacido tanto en adornar con todas las perfecciones y colmar de todos los dones, valia tan *poca cosa*. Aun vivió años para meditar sobre este amargo descubrimiento. Murió el mes de marzo de 1693, á la edad de sesenta y seis años.

Sus exequias, celebradas con magnificencia, fueron tambien turbadas por un accidente singular. La urna que contenia sus entrañas embalsamadas estalló en medio de la ceremonia con horrible estrépito que puso en fuga á todos los asistentes. Estaba dicho que algo de ridículo habia de mezclarse en todo lo que perteneciera á esta princesa, aun en los mismos funerales.

Lo que falta á su vida, á su carácter como á su ingenio, es el gusto, la gracia y el tino, precisamente lo que debia señalar la bella época de Luis XIV. Con sus diez años más que el rey, la princesa anduvo siempre un poco rezagada y fué de la antigua Corte. Pertenece, por su giro de imaginacion, á la literatura del fin del reinado de Luis XIII y de la Regencia, á la literatura del hôtel Rambouillet que no ha sufrido la reforma de Boileau ni la de madama de La Fayette. Hay confusion en sus admiraciones : aprecia mucho á Corneille, hace representar en su casa el *Tartufe*, pero recibe tambien al abate Cotin : « Me gustan los versos, de cualquiera clase que sean », dice. Á lo que más aficion muestra es á la grandeza y á la gloria ; á menudo se equivoca ; no obstante tiene arranques de altivez, de honor y de bondad dignos de su raza. Los dias en que mejor está deja percibir la vecindad de Corneille. Su comportamiento en el combate de San Antonio no debe echarse en olvido. Tambien sus Memorias son uno de sus títulos más duraderos, Memorias verídicas y fieles, en las cuales dice todo de sí misma y de los demas, ingenua y altamente, tal como lo concibe su espíritu. Las personas de buen criterio que las lean, y que gozan, como de una singularidad ya perdida, con tan increíbles confesiones y un modo de ver tan desenfadado en todas cosas, pueden añadir á ellas las reflexiones y la moralidad que ella omite.

MAGDALENA DE SCUDÉRY

No voy á intentar una rehabilitacion, pero conviene que sean rectificadas las ideas al tratarse de ciertos nombres que se toman en boca con frecuencia. Ya no se leen libros de la señorita de Scudéry, pero se la cita todavía ; su nombre sirve para designar un género literario, un modo de bello ingenio en una hora célebre : es una medalla que casi ha cesado de estar en circulacion y ha llegado á ser moneda. ¿Cuál es el valor y el título de esta? Hagamos con la señorita de Scudéry un poco de eso mismo que ella se complacia tanto en hacer : examinemos, distingamos y analicemos.

Esta doncella, *de mérito extraordinario*, como la llamaban, nació en el Havre en 1607, durante el reinado de Enrique IV ; no murió hasta 1701, á la edad de noventa y cuatro años, hácia el fin del reinado de Luis catorceno, como solia decir ella á menudo. Su padre era de la Provenza ; se habia trasladado á la Normandía, donde se casó, pero no dejó de transmitir á sus hijos algo del número meridional. El hijo, Jorge de Scudéry, es célebre por sus versos rimbombantes, en los cuales tuvo un dia la desgracia de encontrar y ofender á Corneille ; la posteridad no se lo ha perdonado. La señorita Magdalena de Scudéry era mucho más sensata que su hermano ; la parte de la Normandía, si me es lícito expresarme así, era con mucho más perceptible en ella :